

Zaragoza que había permanecido en el puente hasta que acabaron de pasar sus tropas, se retiró al fin á la retaguardia de éstas encargando al General Díaz mantuviese la posición siquiera una hora más, para hacer imposible que los franceses persiguieran nuestra retaguardia.

Pero el General Díaz hizo más: con su tenaz resistencia obligó al enemigo á hacer alto, disminuyendo la intensidad de sus fuegos, y no una hora sino hasta bien avanzada la noche se retiró, quedando cubierta la cumbre con alguna caballería situada allí por Zaragoza, como puesto de observación.

El Ejército mexicano siguió por el Palmar, Acatzingo y Tepeaca llegando á Puebla el 3 de Mayo de 1862. El ejército francés avanzaba por el mismo camino á una jornada de distancia.

CAPITULO VIII.

Cinco de Mayo de 1862



L telégrafo había comunicado incesantemente al Gobierno los movimientos del ejército francés y Juárez, que en su lealtad republicana jamás ocultó al país la verdad de los sucesos políticos, aun los más graves, publicaba en el acto cuanta noticia venía de Oriente.

La ansiedad de la población de la Capital era inmensa: aún había vitalidad en este pueblo que sentía vibrar en su alma los sentimientos más nobles á las palabras mágicas de Patria, Independencia y Libertad.

Por todas partes se veían grupos animadísimos comentando los hechos, participándose las nuevas llegadas del campo y entregán-

dose ya á las esperanzas más halagadoras del triunfo, ya á la indignación despertada por el terror de la derrota.

Allá en la sombra se deslizaban hombres de rostros sombríos, que recatándose se perdían hundiéndose en las sacristías ó en las monumentales casas de los ricos conservadores; eran los viejos desechos del ejército de Santa Anna que, no pudiendo militar en las gaviillas de Márquez, de Mejía, de Butrón ó de Lozada, se conformaban conspirando en los cafés, ó preparándose para armarse el día que entrara á la capital el invasor, uniéndose á él.

Por fin amaneció el cinco de Mayo y desde las primeras horas del día la inquietud pública paralizó la vida social, concentrándose la agitación en torno del Palacio, en el telégrafo, en el Correo, en todas partes, en fin, donde primero pudiera saberse el éxito de la batalla que iba á darse.

Veamos lo que pasaba entre tanto en Puebla, formalmente amenazada por el ejército francés.

Desde el momento en que llegó el General Zaragoza á Puebla, ocupó los fuertes de Guadalupe y Loreto con la brigada de Querétaro al mando del General Negrete, en sustitución de su Jefe el General Arteaga, que habia sido gravemente herido en las cumbres de Acultzingo.

El resto de las fuerzas del ejército de Oriente, quedaron acuarteladas en la ciudad.

El ejército francés pernoctó el 3 de Mayo en Amozoc.

En la madrugada del día 5 el General Zaragoza comenzó á mover sus fuerzas situándolas de la manera más conveniente para evolucionar, según el punto que atacara el enemigo.

Entre la capilla de los Remedios y el fuerte de Guadalupe quedó tendida la Brigada de Toluca á las órdenes del General Berriozábal, y la División de Oaxaca, accidentalmente á las órdenes del General Porfirio Díaz, se colocó en la plazuela de la Ladrillera frente al camino de Amozoc. La Brigada de San Luis, ménos la caballería, quedó á la izquierda de la División de Oaxaca.

El escuadrón Lanceros de Toluca y el de Carabineros á caballo de San Luis, mandados por el Coronel Alvarez, se situaron á la derecha de la División de Oaxaca.

Al frente de toda esta línea se estableció una batería de batalla y á más de trescientos pasos á vanguardia se tendió en tiradores el batallón Rifleros de San Luis, quedando distribuido el resto de la artillería, bajo el mando del Coronel Rodriguez, en los fuertes de Guadalupe y Loreto, y en el perímetro interior de la plaza que mandaba el General Escobedo, por haber sido nombrado Gobernador de Puebla el General Tapia.

En las primeras horas de la mañana del día 5 quedó formada la línea mexicana, y un silencio de muerte reinaba en sus filas, cuando del baluarte de Guadalupe se alzó una nube de humo, brilló un relámpago y se escuchó el trueno del cañón que anunciaba que el enemigo estaba á la vista.

En efecto, por la falda de los cerros de Amaluca y las Navajas, aparecieron los zuavos en gruesos pelotones, batiéndose con las guerrillas mexicanas que se habían situado adelante en observación: eran los exploradores de Zaragoza que se replegaban á nuestra línea.

En seguida el grueso del ejército francés se presentó por el camino de Amozoc, y tomando posiciones frente á la Hacienda de los Llanos, después de seguir una línea curva á la derecha, se desplegó en batalla á la izquierda, é hizo alto.

Los franceses pusieron sus armas en pabellón y tomaron rancho, empleando en esto una hora, pasada la cual, se puso de nuevo la columna en marcha diagonalmente por nuestra izquierda, como si quisiera voltear la posición de la ciudad.

La caballería francesa, apoyada por alguna infantería, se situó frente á la garita del Peaje en el Camino de Amozoc.

La infantería continuó marchando, pero al llegar frente al fuerte de Guadalupe hizo alto, estableció sus baterías y comenzó un fuego vivísimo de cañón sobre aquel.

Desprendióse al fin una gruesa columna de zuavos, precedida de una línea de tiradores, y se dirigió al cerro.

Zaragoza, que jamás pudo creer que Laurencez atacara por aquel lado, cambió rápidamente su frente de batalla y lanzó la infantería de la Brigada Berriozábal y el Batallón de Reforma de San Luis á reforzar los cerros de Guadalupe y Loreto. Al mismo tiempo dividió su

caballería, enviando al punto que ocupaba ántes Berriozábal á los Lanceros de Toluca y el piquete llamado de Solís; el resto de la caballería quedó apoyando á la Brigada de Oaxaca, á las órdenes del Coronel Félix Díaz.

La infantería de Berriozábal quedó tendida en batalla en una línea entre los dos fuertes: á la derecha quedaron los dos batallones de Toluca, el fijo de Veracruz y los batallones de Tetela y Zacapoaxtla: el de San Luis quedó en la segunda línea en apoyo de los de Toluca.

La artillería del fuerte de Guadalupe rompió sus fuegos sobre la columna francesa que avanzaba imponente, pero sin detenerla, porque la cubrían los accidentes del terreno.

Cuatro columnas de mil hombres cada una subían por la falda del cerro, cuando salieron á contener á la primera los batallones de Tetela y Zacapoaxtla; pero despues de un reñido combate, los mexicanos retrocedieron á su línea por haber aparecido todo el grueso de la fuerza al borde de la colina, cargando especialmente las columnas que habían cruzado por Rentería, en el espacio que encumbra entre Loreto y Guadalupe.

Los franceses avanzaban con ese valor sereno y arrebatado que les había dado un inmortal renombre; pero al ponerse á descubierto vacilaron un momento ante la metralla; se precipitaron sin embargo hácia adelante, cuando Berriozábal y Negrete mandaron poner en pié la infantería que hasta entonces había permanecido oculta, tendida en el suelo, y que recibió á la columna francesa con un fuego vivísimo, y á la vez los batallones de Toluca y Veracruz, cambiando su frente sobre la derecha flanquearon á los franceses, que no pudiendo resistir por largo tiempo, retrocedieron.

La caballería y parte de la infantería avanzaron mucho más aún hasta arrojar del cerro á la columna francesa enteramente dispersa, y que huía en una confusión espantosa.

Laurencez, asombrado con aquella resistencia que no aguardaba, al ver la derrota de la columna, destacó rápidamente otra en su apoyo: la primera pudo entonces organizarse de nuevo, marchando sobre el fuerte de Guadalupe y la capilla de la Resurrección, que Zaragoza había reforzado con el batallón de Zapadores.

El General en Jefe del ejército francés creyó entonces que debía llamar la atención por otro punto, y desprendió dos columnas, apoyadas por dos escuadrones de caballería sobre la Garita del Peaje, para atacar el punto de la Ladrillera, donde se encontraba el General Díaz con la división de Oaxaca; veamos lo que pasó en ambos combates.

La columna francesa mucho más numerosa que la que dió el primer asalto, y excitada por vindicar su derrota, ascendió al cerro con un impulso irresistible, llegando los zuavos á tocar los parapetos; pero nuestra artillería, perfectamente servida, hacía un fuego incesante y certero sobre los asaltantes, á la vez que los batallones de Toluca, Tetela, Zacapoaxtla y Veracruz, que combatían fuera de las trincheras, resistían por el frente á los franceses y los atacaban por los flancos.

El combate fué terrible, sangriento, y hubo momentos en que combatieron confundidos, á la bayoneta, mexicanos y franceses envueltos en una nube de humo, en medio de una gritería horrible y salvaje.

En aquellos instantes una nube negra, inmensa, cruzada de relámpagos y preñada de rayos, cubrió el horizonte y una lluvia torrencial cayó sobre el campo: eran las cuatro y media de la tarde, y cuatro horas había durado aquella batalla.

Entre tanto se daba otro ataque rudo y vigoroso sobre el punto ocupado por el General Díaz, que era él sólo que hasta entonces había conservado inmóvil su posición.

Las columnas francesas, con un orden admirable, marcharon paralelamente á los dos lados del camino sobre los campos sembrados, y precedidos de una nube de tiradores, que hacían un fuego nutridísimo y certero sobre los tiradores mexicanos, que se replegaron violentamente: entonces pudo obrar nuestra artillería con algun efecto sobre la columna, pero sin lograr detener su marcha.

Hasta entonces los rifleros de San Luis habían sostenido los fuegos, teniendo que reorganizarse de nuevo, ayudados por el batallón de Guerrero que emprendió un ataque sobre el flanco derecho de la columna derecha francesa. Pero ese batallón fué recibido con una fusilería terrible, emprendiéndose un combate muy reñido.

La situación era tanto más grave cuanto que el Teniente Coro-

nel Mariano Jimenez, que mandaba el batallón de Guerrero, había avanzado demasiado, y aquella infantería seriamente comprometida iba á ser envuelta.

Entonces avanzó el General Porfirio Díaz con los batallones 1º de Oaxaca al mando del Teniente Coronel Espinosa, el 2º al mando del Teniente Coronel Loaeza, y cien hombres del Batallón Independencia mandados por el Teniente Coronel Pedro Gallegos y dos cañones de batalla. El joven soldado quería, no sólo apoyar al batallón de Guerrero, sino tomar una iniciativa enérgica para detener la marcha de las columnas francesas que, si vencían, se encontraban dentro de la ciudad.

Los cuerpos de Oaxaca, con Porfirio á su cabeza y formando una sola columna, se lanzaron sobre el enemigo á paso de carga con tal impulso, que los franceses, después de haber hecho una resistencia sobrehumana, vacilaron y retrocedieron, aprovechando en su retirada las sinuosidades del terreno para cubrirse.

Pero el General Díaz siguió adelante, desalojando á los franceses que huyeron al fin á sus posiciones.

En aquellos momentos las columnas francesas que habían intentado un tercer ataque sobre el Fortin de Guadalupe eran arrojados del cerro, descendiendo en una fuga vergonzosa.

El turbión que por algun tiempo nubló el espacio se alejó, cesando la tempestad y apareciendo radiante el astro que en los anales de la historia patria iba á denominarse el Sol de Mayo.

Más no conforme el General Díaz con aquel triunfo quiso intentar perseguir á los franceses hasta su campamento: ordenó á su reserva, formada por el Batallón Morelos, que á los órdenes del Teniente Coronel Rafael Ballesteros y con dos piezas de artillería, apoyase su izquierda, en tanto que por su derecha lanzó á los Rifleros con los escuadrones de Toluca y de Oaxaca: con este doble movimiento acabó de consumarse la derrota de los franceses.

Zaragoza que seguía con ansiedad el ataque tan brillante de Porfirio, dió á éste repetidas órdenes para que hiciera alto: el caudillo oaxaqueño tuvo entonces que obedecer, conteniendo apenas el ardor de sus soldados y quedando más allá del sitio del combate y

teniendo al frente al enemigo en un completo desorden á setecientos metros.

Hé aquí la pálida relación de esa espléndida victoria del Cinco de Mayo, que salvó á la República, revelando la fuerza de un pueblo, y dando á éste un respiro para prepararse á nuevas luchas.

La Francia imperial, que había creído conquistar á México con seis mil hombres, retrocedió asombrada ante la derrota de éstos, comprendió que frente á sus huestes invasoras se había puesto en pie algo más que un partido, una Nación, y durante muchos meses no intentó nuevas empresas, acopiando sólo muchos y poderosos elementos de guerra para enviar un refuerzo de cuarenta y cinco mil hombres á sus soldados encastillados tras las fortificaciones de Orizaba, adonde se retiraron despues del desastre que sufrieron en Puebla.

Nuestro pequeño Ejército, que había continuado persiguiendo al ejército francés, á pesar de la superioridad de éste, hasta las goteras de Orizaba, acampó frente á ésta ciudad en espera de la División de Gonzalez Ortega que debía unírsele muy pronto.

CAPITULO IX.

El desastre del Borrego.—Salida de los franceses.—Son rechazados.



O creemos necesario para el plan que nos hemos propuesto en este bosquejo de la historia militar del Señor General Porfirio Díaz, contar con todos sus detalles la irreparable derrota que, por un inesplicable descuido, sufrió la División del General Jesus Gonzalez Ortega.

Basta decir que esas fuerzas, despues de una travesía penosísima y de haber cruzado un espacio de muchas leguas, se internaron por las cuestas de Maltrata, para poder situarse en el punto designado en la combinación hecha por el General Zaragoza.

Tratábase, en efecto, de que Gonzalez Ortega ocupara durante la noche el cerro del Borrego, sin ser sentido por los franceses, para

lanzarse sobre Orizaba, al ser atacada esta ciudad por el Ejército de Oriente.

Pero las cumbres de Maltrata eran inaccesibles, y para marchar por ellas el ejército tenía que hacer continuas obras de zapa, y los soldados que llevar en muchos puntos la artillería en peso.

Aquella marcha tan fatigante duró todo el día y parte de la noche, teniendo en las primeras horas de ésta que trabajar los soldados á oscuras en separar la maleza y en abrir un camino.

Por fin llegó la División á la cima del Borrego contemplando á sus piés la ciudad que apagaba sus últimas luces para entregarse al reposo, ignorante del peligro que la amenazaba.

El General Ortega despues de haber colocado una batería á unos cuantos metros de la garita de Orizaba, situó el 4º Batallón de Zacatecas en la posición más avanzada, dejó á la retaguardia de éste el primer Batallón del mismo nombre y el de Durango.

Entónces envió un parte á Zaragoza de su llegada, comunicándole que, si no había podido ocupar el Borrego á las once y media de la noche del 13 de Junio como estaba previsto en el plan de operaciones, estaría sin embargo listo para combatir por el flanco á los franceses en la madrugada del 14 durante el asalto que iba á darse.

Zaragoza desde el día 13 se había presentado con todo su ejército frente á la garita de México, tendiendo éste en batalla con veintidos piezas: á la derecha estaba la División de Berriozábal, á la izquierda Antillon con la de Guanajuato y en el centro y la reserva la División Negrete.

Desde que extendió su línea el General en Jefe del Ejército de Oriente rompió los fuegos sobre la ciudad; pero al observar que no era secundado por el cerro, comprendió que no había llegado aún Gonzalez Ortega.

Pasóse pues el día en ligeras escaramuzas, y en la noche Zaragoza estuvo en vela lleno de inquietud, ya temiendo hiciesen una salida los franceses, ya que la división de Zacatecas no concurriese á tiempo al asalto, hasta que recibió cerca de la madrugada el aviso de la llegada de aquella.

Entre tanto Laurencez tuvo noticia del movimiento efectuado por

Gonzalez Ortega y violentamente mandó una columna sobre el cerro. Los soldados mexicanos, vencidos por la fatiga, dormían profundamente, cuando fueron sorprendidos por los franceses.

Pasó entonces una escena horrible y difícil de describirse. En medio de la oscuridad comenzó, no un combate, sino una carnicería espantosa: los franceses degollaban, asesinaban sin piedad á aquellos desgraciados que pasaban del sueño á la muerte.

A los gemidos de los moribundos despertaban los soldados sin comprender lo que pasaba, y al querer empuñar su arma, eran matados á bayonetazos y tiros.

En medio de aquel desórden Llave organizó algunos soldados y se arrojó sobre los asaltantes, trabándose un combate en las sombras, haciendo fuego los soldados á quema ropa, sin saber si era sobre los suyos ó sobre el enemigo. Al fin logró rechazar á los franceses.

Pero Laurencez, que comprendió cuanto podía utilizar aquella sorpresa, reforzó la primer columna de ataque con otra más numerosa, y entonces se renovó de nuevo la lucha, siendo la ventaja para los franceses que compactos marchaban sobre cuerpos diseminados y desmoralizados por la sorpresa y la falta de cohesión.

Los coroneles de los cuerpos habían muerto unos, y otros estaban gravemente heridos: entre éstos se encontraba el General Llave.

Alatorre quedó cortado con su fuerza sin poder unirse á la de Gonzalez Ortega la cual, al verse sin Jefe, diezmada y sin dirección, tuvo que retirarse.

Gonzalez Ortega logró hacerse el centro de algunos batallones dispersos, y comenzó su marcha retrógrada combatiendo palmo á palmo y dejando un reguero de cadáveres en aquellas rocas.

Los franceses habían logrado desalojar á los mexicanos del Borrego, pero su victoria les había costado muy cara. El plan de Zaragoza fracasó, y Ortega hizo alto en el pueblo de Jesus María.

Veamos ahora lo que aconteció en el campo de Zaragoza.

El General en Jefe del Ejército de Oriente, que ignoraba en la madrugada del 14 lo que pasaba en el Borrego, rompió al amanecer

sus fuegos sobre Orizaba, organizando sus columnas de ataque. Los franceses contestaron con todas sus piezas rayadas, seguros como estaban de su flanco por la victoria alcanzada sobre la División de Zatecas.

En los primeros disparos cayó herido Santiago Tapia; y en aquel momento también unos oficiales dispersos llegaron hasta Zaragoza y le comunicaron el desastre de Gonzalez Ortega.

Entonces comprendió Zaragoza la necesidad de retirarse, pero sin que aquel movimiento retrógrado se convirtiese en una derrota: para esto era preciso dar un nuevo golpe á los franceses, orgullosos con el fácil triunfo del Borrego.

Laurencez con su presunción habitual facilitó al General en Jefe del Ejército mexicano la ocasión que tanto deseaba; y creyendo que podía arrollar á Zaragoza, sacó sus tropas de Orizaba, lanzándolas sobre el campo republicano.

Al momento dejó de obrar en éste la artillería y se organizaron dos columnas, una á las órdenes del General Berriozábal y la otra á las del General Porfirio Díaz.

Los franceses avanzaron á paso de carga y tambor batiente sobre nuestra línea de batalla, protegidos por el fuego vivísimo de sus piezas rayadas: pero cuando estaban á doscientos metros, Zaragoza mandó romper el fuego de su artillería sobre las columnas francesas, que retrocedieron ante aquel ciclón de fuego y metralla.

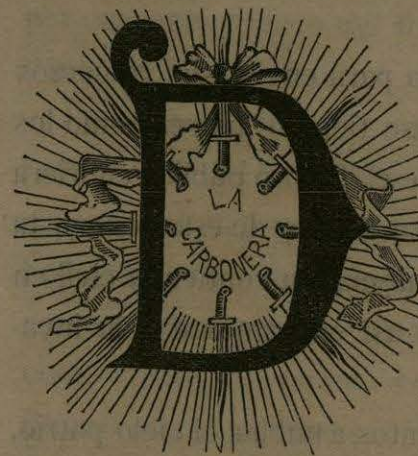
Pero volvieron los invasores á rehacerse y entonces nuestras columnas se arrojaron á su encuentro: Porfirio, que mandaba la de reserva, avanzó á sostener á Berriozábal, y combatiendo cuerpo á cuerpo con los franceses los desorganizó, y rebasando la línea de batalla, los obligó á retroceder hasta encerrarlos dentro de sus fortificaciones.

Un grito de victoria resonó en el campo mexicano, y Laurencez, humillado, no se atrevió á intentar otra salida de Orizaba.

A la media noche retiró Zaragoza su campo á Tecamalucan y de allí emprendió lentamente su retirada hácia Puebla.

CAPITULO X.

Actitud de la Francia después del Cinco de Mayo.—Refuerzo enviado á los franceses.—Movimientos del Ejército mexicano.—Muerte de Zaragoza.—Avanzan los franceses sobre Puebla.



DURANTE la retirada del Ejército de Oriente creyó Zaragoza que no debía abandonar enteramente el Estado de Veracruz al invasor: y para aprovechar siquiera los ricos elementos de la parte del territorio que no había sido ocupada por el enemigo, comprendió que era preciso dejar una autoridad legítima que fuera, además de la expresión de un derecho nacional, el centro de unión de los pueblos que se aprestaban á luchar contra la invasión.

El General Díaz fué nombrado interinamente Jefe de la División Llave, y Gobernador y Comandante militar de Veracruz, declarado en estado de sitio.

Notables fueron los trabajos administrativos del General Díaz en aquel período tan crítico, estando las principales ciudades del Estado ocupadas por el enemigo, y siendo recorrida la mayor parte de aquel territorio por gavillas reaccionarias que en gran número acudían de otros rumbos, para abrigarse bajo la bandera de la invasión.

El General consiguió, sin embargo, hacer respetar su autoridad, reprimir el bandidaje y restablecer el orden económico en la Hacienda Federal, ministrando recursos abundantes á las tropas y privando de elementos al enemigo.

Pero su principal anhelo era volver al servicio de las armas para tomar parte en las luchas y en las glorias del Ejército de Oriente, que iba á tener que resistir á cuarenta mil hombres que había enviado la Francia á nuestro suelo, para vengar el desastre de Puebla y llevar adelante la política intervencionista de Napoleon III.

Con instancia pidió al Gobierno General ser relevado del mando civil, hasta que se le dió orden de ingresar al Ejército como Jefe de una Brigada.

Gravísimos sucesos se habían consumado en el país: el Gobierno republicano, haciendo esfuerzos portentosos, había acopiado en Puebla todos los elementos que pudo conseguir.

Un año casi había empleado la Francia para enviar sus refuerzos y un inmenso material de guerra, y en ese tiempo Juárez tomó los contingentes de los Estados y cuidó de que el Tesoro público cubriera en lo posible los enormes gastos de la guerra, á pesar de estar exhausta la República, y de que los traidores mantenían la contienda civil en todas las entidades federativas, ayudando así eficazmente á la invasión.

Una desgracia vino en aquellos momentos á nublar el cielo patrio. Zaragoza, el héroe del Cinco de Mayo, murió en Puebla en medio de su ejército que lo adoraba y que tenía fé en que su caudillo lo llevaría á la victoria.

Quedó encargado del mando el General Gonzalez Ortega, quien activó rápidamente los trabajos de fortificación para defender á Puebla, sobre la cual se aprestaba á marchar el Ejército francés.

En la orden general extraordinaria de la plaza del 18 de Febrero

de 1863, el General Díaz quedó encargado del mando de la segunda Brigada de la primera División; y dicha Brigada la formaron los batallones Morelos y Guerrero de Oaxaca y primer batallón de Jalisco.

Tantas veces se ha narrado el sitio de Puebla, tan conocidos son los inmortales episodios de aquella heroica defensa que tan alto levantó el buen nombre de México, que nos parece inútil escribir la historia de aquella epopeya nacional, lo que por otra parte nos llevaría muy lejos de nuestro punto objetivo.

Nos limitaremos por tanto á mencionar los hechos que se relacionan con nuestro bosquejo biográfico.

Concentradas en Puebla las fuerzas que constituían el Ejército de Oriente, al mando del General Jesus Gonzalez Ortega, el Ejército del Centro marchó en los últimos días del mes de Enero de 1863 á situarse en las inmediaciones de la ciudad que muy pronto iba á ser sitiada por cuarenta y cinco mil franceses, y casi seis mil traidores á las órdenes de Márquez.

El 3 de Febrero del mismo año llegó á Puebla el General Comonfort, en Jefe del Ejército del Centro, á conferenciar con Gonzalez Ortega sobre el plan que debía adoptarse en la próxima campaña, y ambos Jefes convinieron en la necesidad de unificar el mando, quedando ambos ejércitos á las órdenes de un solo Jefe; despues de frecuentes conferencias se convino en que sería conveniente que si el ejército francés atacaba primero á Puebla Gonzalez Ortega mandaría en Jefe los dos ejércitos; pero que si marchaba sobre México el mando correspondía á Comonfort.

Estas propuestas fueron remitidas al Gobierno General, quien no aprobó lo proyectado, sino que dispuso que ambos ejércitos obraran independientemente el uno del otro, bajo las órdenes directas del Ministerio de Guerra.

Hechas las obras de defensa más indispensables, por no haber

permitido ni el tiempo, ni los recursos, que se fortificara la ciudad debidamente, se procuró abastecer al Ejército de víveres y municiones, sólo por treinta días, por haberse creído erróneamente que este tiempo bastaba para que se resolviera la cuestión.

Sólo una cosa era indudable, el levantado espíritu de patriotismo que animaba á aquel ejército, que llegaba al heroísmo. En todos los Jefes había la convicción de que la plaza sitiada tenía que sucumbir si no se auxiliaba oportunamente á su guarnición: y sin embargo, desde el General en Jefe hasta el último soldado estaban resueltos á sucumbir sin capitular, prefiriendo la muerte á manchar el honor nacional.

Brevemente diremos como quedó organizada la defensa.

La línea comprendida entre los fuertes de Loreto, Guadalupe y la Misericordia é Independencia, comprendiendo los fuertes, quedó encargada al General Berriozábal que mandaba la primera División: los fuertes se encomendaron á los Generales Pedro Hinojosa, Gayoso y Osorio.

La línea comprendida entre los fuertes de Santa Anita y San Javier la mandaba el General Antillón con la tercera División.

La línea comprendida entre los fuertes del Cármen estaba á las órdenes del General Francisco Alatorre con la cuarta División: y la que se extendía entre los fuertes de Ingenieros y Zaragoza la defendía el General Ignacio de la Llave con la quinta División.

La primera División al mando de Negrete formaba la reserva, y el General Ignacio Mejía con una Brigada suelta, y á las inmediatas órdenes del Cuartel General, quedó encargado de la defensa del perímetro interior de la plaza.

En principios de Marzo Juarez, Presidente Constitucional de la República, visitó la plaza de Puebla de Zaragoza acompañado del Ministro de Relaciones, y pudo convencerse de que el Ejército de Oriente no estaba suficientemente municionado ni abastecido. Ofreció entonces el Primer Magistrado hacer pronto los respectivos envíos; pero ya fuese por falta de recursos, ya por haberse precipitado los sucesos, el convoy no llegó á la ciudad.

El ejército francés avanzaba entre tanto sobre la ciudad, lenta-

mente y con todas las reglas y precauciones que el arte militar aconseja para acercarse á una plaza fortificada de primer orden.

Los franceses tributaban ese primer homenaje de respeto al Ejército mexicano, al que no consideraban ya como una horda indisciplinada, desde la lección que dió á la Francia en la jornada del Cinco de Mayo.

El 15 de Marzo ocupaba el enemigo Amozoc, las Animas y Chachapan, batiéndose con nuestras caballerías que venían molestando su vanguardia y replegándose á la ciudad.

El día 16 apareció por fin el ejército invasor por el Oriente en fuertes columnas de las tres armas, perfectamente cubiertos sus flancos y en un orden admirable, y á los tres cuartos para las nueve de la mañana tocó la Hacienda de los Alamos.